

la felicidad y la desgracia á los hombres, desde el momento de su nacimiento: ellas son llamadas *μοιραίαι*, del verbo *μοιραίζω*, que quiere decir, dividir, distribuir, porque distribuían los destinos de los hombres (1).

En Homero, Cloto, la mas jóven de las tres hermanas, preside al momento del nacimiento, Laquesis hila todos los sucesos de la vida, y Atropos corta el hilo (2).

En Platon, la necesidad tiene tres hijas, y estas son las tres parcas: ellas hacen girar, en lugar del huso, el eje del mundo y los ocho cielos. Estas diosas estan vestidas de blanco, y sentadas sobre tronos con coronas en la cabeza; estan colocadas á igual distancia sobre estas grandes órbitas, que equilibran y mueven; sobre cada una de estas órbitas hay una sirena que canta con toda su fuerza; las parcas responden á este canto, manifestando la una las cosas pasadas, la otra las presentes, y la otra las futuras; y todas estas voces no hacen sino una sola armonía: imágen divina, que nos muestra en esta consonancia de cantilenas, y en esta correspondencia de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, aquella inalterable ley de orden, aquella armonía en que consiste el sistema y la economía del universo (3).

(1) Hesiod. *Teog.* v. 219.

(2) Hom. *Odis.* lib. I.

(3) Plat. *de Republ.* lib. IX y X.

En Aristoteles se encuentran ideas semejantes sobre las parcas. Atropos preside á lo pasado, Cloto á lo presente, y Laquesis á lo porvenir (1).

En Ciceron, las tres parcas se hallan confundidas con la cadena misma de sucesos necesarios, que los Griegos, como se ha dicho, llamaban *επειροποιον*, y los Latinos *Fatum* (2). En Virgilio y en Ovidio, hacen muchas veces una comparsa análoga á estas ideas (3).

Pero observense las relaciones de las musas con Jove; observense las que median entre el mismo Jupiter y las parcas; y cotejense finalmente los otros pasajes de los antiguos poetas, relativos á este objeto, y se verá que el verdadero depósito del *hado* está en poder de Jove.

Si las musas refieren á Jove, ó por mejor decir le recuerdan, segun el verdadero sentido de la expresión griega empleada por Hesiodo (4), el orden de los destinos, es decir, las cosas pasadas, presentes y futuras, estas musas reconocen haber reci-

(1) Arist. *de Mundo*, lib. IV.

(2) Cic. *de Nat. Deor.* lib. I.

(3) Vease sobre todo aquel lugar del quinto libro de la Eneida, donde Venus concluye asi su súplica á Neptuno, para obtener el feliz arribo de las naves de Eneas á las orillas del Tiber:

..... *Liceat Laurentem attingere Tibrim,*  
*Si concessa peto, si dant ea moenia Parcae.*

*Aeneid.* lib. V, v. 796 y 797.

Vease tambien á Ovid. *Metam.* lib. VIII.

(4) En el citado verso 28 de la Teogonia.

bido del mismo Jupiter esta ciencia de la cual hacen uso en sus cantilenas para ganar su voluntad, pero no para instruirlo. El poeta no omite ocasion de advertir que ellas son hijas de él, y que reconocen que á él le deben lo que son (1).

Si las parcas tienen tantas relaciones con el *hado*, ellas son, lo mismo que las musas, hijas de Jupiter (2); y no solamente son sus hijas, sino que estan ademas bajo su inmediata conducta. Uno de los sobrenombres de Jupiter era el de *νοιδωτων*, esto es, conductor de las parcas (3). Sus aras y sus simulacros estaban frecuentemente al lado de los de Jupiter. En Olimpia, dice Pausanias, inmediata á la ara de Jupiter estaba la de las parcas: en un templo de Apolo se veian las estatuas de dos parcas al lado de la de Jupiter, que hacia las veces de la tercera: y en Megara la estatua de este mismo dios, hecha por Teoscomo, tenia sobre la cabeza otra de estas tres diosas (4). Cuando Ceres, segun dice el mismo Pausanias, se ocultó, y Pan descubrió á Jupiter el lugar de su retiro, el padre de los núnemes le envió á las parcas, para *obligarla* con sus palabras á poner término á la esterilidad que su ausencia habia causado sobre la tierra (5). Ceres, pues, no está subordinada á Jupiter en su mi-

(1) Teogonia, en los citados versos 36, 38, y en los versos 25, 52, 62, 916.

(2) Teog. v. 904, 906.

(3) Paus. in *Iliad.*

(4) Paus. *ibid. et in Phoe.*

(5) Paus. in *Arcad.*

nisterio, porque puede ocultarse y puede sin su orden esterilizar la tierra; pero está subordinada á los destinos, porque está obligada á adherir á los dichos de las parcas, las cuales son enviadas por Jupiter, porque son sus ministras, cuando se trata de manifestar y de ejecutar los inmutables decretos del hado.

Ademas, Hesiodo donde habla de las astucias de Prometeo, nos hace ver á Jove como un ser á cuyo conocimiento nada puede escaparse; como un ser iluminado con una luz eterna, y con una presciencia infalible de las cosas (1); y nos hace ver continuamente que los secretos del hado son conocidos por Saturno (2), ó comunicados á Jupiter por el cielo (3). Virgilio nos lo muestra de un modo positivo, depositario del hado, en aquel admirable pasage de la Eneida, donde este padre de los núnemes responde á Venus, tímida é incierta sobre la suerte de su hijo Eneas, y le manifiesta el orden de los destinos, hasta la mas remota posteridad de este héroe (4). El mismo poeta nos suministra un argumento semejante, cuando hace hablar á Juno con Venus, sobre el matrimonio de Dido con Eneas (5).

(1) Hesiod. *Teog.* v. 535, 561.

(2) Vease la nota justificativa, n. 3.

(3) Hesiod. *Teog.* v. 888, 894.

(4) Virg. *Aeneid.* v. 256, 295.

(5) Id. *ibid. lib. IV, v. 110*; y en el verso 614, donde dice:

*Etsi fata Jovis poscunt, hic terminus hæret.*

Finalmente, sin necesidad de repetir lo que sobre este asunto se ha referido en el testo, y lo que se ha dicho en la nota justificativa, número tercero, por poco que se profundice todo el complejo de la mitología griega y latina, se hallará á Jupiter, considerado como núnmen *anterior* y como depositario del *hado*, y no se verá resplandecer su *superioridad*, sino bajo de estos dos aspectos.

NUMERO 25, *pág.* 148.

NINGUNA cosa es mas fácil de demostrar con la universal y constante historia de las naciones, que todo lo que se ha afirmado en el testo sobre la última colonia de núnmenes, que se compone de hombres deificados, y que Hesiodo fija en la cuarta edad, que corresponde perfectamente con la época religiosa en que nosotros la hemos fijado.

Sin repetir lo que en otra parte de esta obra hemos dicho y demostrado con razones y con hechos, sobre la forma *teocrática* de gobierno que debe reinar en el estado de la sociedad, del que hablamos (1), partiremos de este principio para indicar de cuanta importancia debia ser para los gefes de estos imperfectos y todavía debilísimos gobiernos la opinion de un origen celestial, tanto para adquirir como para conservar aquella autoridad, que en defecto de la fuerza pública no podia sostenerse sino con los auxilios tomados de la teocracia. Hemos

(1) Cap. 36 del lib. III de esta obra.

dicho que siendo este medio el mas eficaz para conservar ó para dar el principal poder á un individuo; que siendo igualmente eficaz para cubrir y ocultar las aventuras amorosas, y para evitar sus terribles consecuencias; y que siendo fácil al sacerdocio el conseguirlo, y teniendo interes en recurrir á él, era una cosa muy natural que se hubiese adoptado. Pues todo esto se prueba de una manera luminosa con los hechos.

La historia heroica nos hace ver por todas partes á los gefes de los gobiernos heroicos, como hijos y descendientes de los dioses. Telamon, Hercules, Teseo, Jason, Orfeo, Castor y Polux, y todos los demas héroes del Vello de oro: Adrasto, Edipo, Eteocles, Polinice, y los demas gefes de los pueblos que combatiéron en las dos guerras de Tebas; Agamenon, Menelao, Aquiles, Diomedes, Ulises, Ajax, Priamo, Eneas, todos los demas príncipes de la guerra troyana, y otros muchos reyes y gefes de los gobiernos heroicos de la Grecia, fuéron, como es muy sabido, hijos ó descendientes de los dioses (1).

Turno, rey de los Rutulos, es hijo de una diosa (2). Romulo y Remo eran hijos de la sacerdotisa real y de Marte (3).

Los príncipes etiopes derivaban su origen del Sol (4).

(1) Hesiodo, Homero y los antiguos trágicos nos los han transmitido como tales.

(2) Virg. *Æneid. lib. VI, v. 90.*

(3) Id. *Æneid. lib. I, v. 272, 273.*

(4) Heliodoro, *Hist. Ethiop.*

Los nombres de Adad y de Benedad, tan comunes entre los reyes de Siria, significan, como observa el docto Marsam, sol é hijo del sol.

Del mismo númen se gloriaba descender Eteo, rey de la Colquida.

Segun las tradiciones del Perú, el Inca Manco-Guina-Capac, que con su elocuencia supo sacar de los bosques á los hombres que allí vivian sin leyes y sin freno, era hijo del Sol. Sabemos que Orfeo, que gozaba de una reputacion semejante entre los Griegos, pasaba tambien por ser hijo de Apolo.

En el mismo nuevo hemisferio, los pueblos que habitan aquella parte de la Florida que confina con la Virginia, consideran á sus gefes como descendientes del Sol, é inmolan á esta divinidad víctimas humanas, á la presencia del gefe que representa al dios del que se cree que trae su descendencia (1).

En la estremidad del otro hemisferio, Kai-souven era tenido por los pueblos de la Corea como hijo del dios de un río; no de otra manera que lo fué Acestes en aquella parte de la Sicilia, donde Eneas celebró los funerales del padre Anquises (2).

En el nuevo mundo como en el antiguo, se ha buscado el mismo medio para mandar á los hombres todavía bárbaros, esto es, todavía apegados á la independenciam originaria; y en una y otra parte

(1) Vease la relacion del señor Lemoine de Mourgues.

(2) Virg. *Aeneid. lib. V, v. 38 y v. 711.*

se ha encontrado con la misma facilidad. Por todas partes el sacerdocio ha sido igualmente poderoso en este estado de la sociedad; por todas partes ha habido Calcas, Tiresias y Amfiaraos, que como ministros é intérpretes de los númenes han dispuesto de las opiniones de los hombres; por todas partes en este período del Politeismo, que corresponde á este estado de la sociedad, ellos han podido con igual facilidad aprovecharse de las circunstancias de la religion y de los tiempos, y de su imperio sobre la opinion pública, para estender sobre la tierra la progenie de los dioses; y finalmente, por todas partes han debido tener y han tenido en efecto dos poderosísimos motivos para hacerlo.

Ademas de la referida autoridad de Aristoteles, que nos dice que los reyes de los reinos heroicos eran tambien gefes del sacerdocio (1), sabemos por Demostenes la razon por que en Atenas tomaban los Arcontes el carácter de sacerdotes; esta no era otra sino porque los reyes y reinas de Atenas habian sido sumos pontífices, y destruida la potestad real, habia quedado un rey y una reina para las cosas sagradas, cuyo ministerio habia pasado finalmente á los Arcontes y á sus mugeres (2). Sabemos

(1) Aristot. *Politic. lib. III.* Vease tambien á Homero, en el *lib. I de la Iliada*, donde habla del solemne sacrificio, celebrado por Agamenon con motivo del desafio que habia de verificarse entre Paris y Menelao.

(2) Demost. *orat. in Næram*, Vease tambien á Apolo-doro, *lib. III.*

por Diodoro, que entre los hiperbóreos la dignidad real estaba unida al sacerdocio (1): sabemos por Herodoto, que Adrasto acudió á Creso, rey de Lidia, para que lo purificase; y por Apolodoro, que Euristeo, rey de Micenas, purificó á Copreo que habia dado muerte á Ifito: sabemos por el pasage de Menandro de Efeso, referido por Josefo (*contra App.*), que Itobal, rey de Tiro, era sumo sacerdote; y sabemos, finalmente, que los reyes de Roma fuéron todos tambien reyes de las cosas sagradas (*Reges sacrorum*), y que espelidos los reyes, el gefe de los faciales tomó este mismo nombre (2).

Interesaba, pues, al sacerdocio el dar á los reyes, á los gefes de estos gobiernos heroicos un origen celestial, para estender sobre la multitud un poder y una autoridad que venia á refluir en su mismo cuerpo. Pero el segundo motivo era aun mas fuerte y acaso todavía mas frecuente.

En este estado de la sociedad, en que los estímulos del amor son proporcionados al vigor que reina en los cuerpos (3), y en que la pasion de los zelos está en proporcion con el concurso de las fuertes causas que la hacen nacer: en este estado de la sociedad, digo, debian ser frecuentísimos, como en

(1) Diod. Sic. *lib. II.*

(2) Vease lo que hemos dicho en el citado cap. 36 del libro III de esta obra.

(3) Vease lo que sobre esto ha pensado el gran Platon en su *Cratilo*, donde considera esta edad heroica como una edad amatoria.

efecto lo fuéron, los estupro, los raptos, los adulterios, los incestos, y terribles las venganzas que por causa de ellos se tomaban. Para ocultar aquellos y para evitar estas, el sacerdocio no pudo hacer cosa mejor que establecer y emplear oportunamente la opinion del comercio de los inmortales con las mortales, y de los mortales con las inmortales, para obtener el medio mas eficaz con que proveer á la seguridad de los amantes, y favorecer al mismo tiempo la suerte futura de los frutos de sus placeres clandestinos.

Este motivo es tan análogo, y este medio es tan simple, tan fácil y tan acomodado á las circunstancias de las cosas de que hablamos, que no debe parecer extraño el que se afirme que por el mismo motivo se ha recurrido al mismo medio en pueblos y tiempos los mas distantes entre sí. Una sencilla esposicion de algunos hechos relativos á este objeto nos pondrá en el caso de juzgar con el debido conocimiento. Alcmena, muger de Anfítrion, se hace embarazada en ausencia de su marido: Jupiter la ha puesto en este estado, y Hercules, á quien da á luz, es hijo de Jupiter (1).

Anquises, separado de su muger, tiene un hijo que es Eneas: ¿quien será la madre? Venus, que le habia dispensado sus favores en las florestas del monte Ida (2).

(1) Hesiod. *Escudo de Hercules*, v. 1, 57.

(2) Hesiod. *Teog.* v. 1008, 1010. Homero, *Iliad.* lib. XX.

Acrisio, rey de Argos, atemorizado por el oráculo, encierra en una torre á su hija Danae. Preto, hermano de Acrisio, burla los cuidados del padre; entabla con Danae un trato amoroso, y de él nace Perseo. Pero es menester ocultar el atentado: Jove, transformado en lluvia de oro, ha fecundado á la princesa Argiva, y la ha hecho madre de Perseo (1).

Piteo da por esposa su hija Etra á Egeo. Este, contra el oráculo de Apolo, se une á la esposa ántes de verificarse las condiciones prescriptas por el oráculo, y de esta union nace Teseo. Es menester ocultar este comercio prohibido; es menester libertar al niño de la opinion de este origen pecaminoso. Piteo publica que Neptuno habia tenido trato amoroso con la hija, y de este modo, dice Plutarco, Teseo fué tenido por hijo de Neptuno (2).

La hermosa Europa llega á Creta desde un pais extraño, y sin tener esposo engendra tres hijos, Minos, Sarpedon y Radamanto. ¿Como cohonestar este hecho, y como hacer respetable la prole? Jove, transformado en toro, la ha robado en Fenicia, y los tres hijos han sido engendrados por este númen (3).

En un bosque consagrado á Vulcano se encuentra un niño: el sacerdote, que probablemente era su padre, y que lo habia espuesto allí, publica

(1) Paus. *in Corinth.* Ovid. *Metam. lib. VI.*

(2) Plutarco. *in Teseo.* Diod. *lib. IV.*

(3) Ovid. *in ep. Parid. lib. II.*

algun prodigio sobre este hallazgo. Esto basta para hacer al niño hijo de Vulcano, y para prepararle toda la consideracion de que gozó despues.

Crisea, hija de Eteocles, tiene una aventura amorosa; el hijo que de ella nace se atribuye al gran númen de la guerra. Con esta repütacion Flegreas se pone á la cabeza de muchos valientes bandoleros, funda una ciudad, ocupa el trono de su abuelo Eteocles, que habia pasado á los descendientes de Almo, y se hace gefe de un pueblo que es considerado en Homero como el mas belicoso de aquellos tiempos (1).

Juturna, hija de Dauno y hermana de Turno, rey de los Rutulos, cede á los deseos del Rey latino; se hace pública su debilidad, y se arroja en el río Nómico. Es menester encubrir este hecho: se divulga por el sacerdocio que Jupiter le habia quitado la virginidad, y en recompensa le habia dado la inmortalidad, convirtiendola en ninfa de aquel río (2).

El príncipe de un pueblo de la Tartaria oriental, llamado Kao-kiuli, tenia en su poder la hija de un dios Hoang-Ho, encerrada en una torre. Esta se siente embarazada, y se publica que el sol con sus rayos la habia fecundado, y que el hijo que habia dado á luz habia salido de un huevo.

Lo que nos dice Herodoto (3) no hace sino con-

(1) Paus. *in Corinth. et in Boeticis.*

(2) Boccac. *Gen. lib. XII.*

(3) Herod. *lib. I.*

firmarnos en nuestra idea. Muchas veces, dice, un sacerdote que habia formado un designio deshonesto sobre alguna muger, la hacia creer que el númen á quien él servia se habia enamorado de ella: la favorita del dios se preparaba entónces á ir á dormir al templo, adonde ordinariamente era conducida con gran pompa por sus mismos parientes. Poca duda queda que el sacerdote tomaba el disfraz del númen y hacia sus veces. En el templo de Belo en Babilonia, en Tebas de Egipto, y en Patara de la Libia, habia habido este uso, segun Herodoto.

Finalmente, si se reflexiona que eran varias las deidades á las que se atribuian las generaciones de estos héroes, pero que las mas frecuentes en cada region eran de las mas honradas, como Jove, Apolo y Venus entre los Griegos, se encontrará tambien que esto corresponde maravillosamente á nuestra idea; porque el dios mas venerado era aquel que tenia mas culto y mas templos, y por consecuencia mas sacerdotes y mas ministros, y por consecuencia mas relaciones con las cuales se hacia mas frecuente el motivo de recurrir á la obra del dios para ocultar las de los hombres. De este modo se formó la última colonia de númenes que se componia de hombres deificados. Se comenzó por creerlos hijos ó descendientes de los dioses, cuando nacieron; y se acabó por deificarlos despues de su muerte, cuando el tiempo, que todo lo altera, habia ya exagerado sus proezas á la posteridad, y cuando la credulidad de los tiempos, unida á la admiracion y al

reconocimiento, los habia hecho dignos de los honores divinos.

He dicho que esta fué la última colonia de númenes, porque no debe colocarse en esta clase aquella que en algunos pueblos, y en un período muy diverso de la sociedad, se formó de las apoteosis de los reyes, de los emperadores y de las despotas, la cual no en la infancia sino en la decrepitud y corrupcion de los cuerpos politicos es donde únicamente puede encontrarse. Los dioses de esta clase no lo eran sino en las inscripciones, en las medallas, en los obeliscos y en los templos; pero no en la opinion de los hombres, la que permanece siempre libre en medio de la servidumbre, y puede detestar ó despreciar el objeto de su culto aparente. Sabemos en efecto por Ciceron, que cuando Cesar, con la derrota de Pompeyo en Farsalia y del resto de su partido en Africa, se hubo hecho dueño absoluto del imperio, y que el senado, para mostrarle su servil dependencia, dispuso que su estatua fuese llevada juntamente con las de los dioses en las pompas del circo al lado de la Victoria, el pueblo que acostumbra palmotear cuando pasaba esta deidad, permaneció inmóvil, por temor de no dividir este aplauso religioso con la estatua del usurpador (1).

Sabemos por Apiano, que despues de la muerte del mismo Cesar fuéron condenados por los cónsules al último suplicio aquellos partidarios suyos

(1) Cic. *Epist. lib. XIII, epist. 44.*

que le habian levantado en medio de la plaza una columna para darle los honores divinos; y sabemos por Plinio cuanto se ridiculizó y los muchos sarcasmos que se esparcieron en Roma sobre su apoteosis, prescrita por la ambicion de Augusto (1). Sabemos tambien que se deificaron no solo los emperadores mas malvados, como Tiberio, sino tambien los mas estúpidos, como Claudio. Finalmente, sabemos que Adriano llegó hasta hacer colocar en el número de los dioses al infame Antinoo, y construirle un magnífico templo con un oráculo en la ciudad, que con el nombre de Antinopolis habia en honor suyo edificado en Egipto. Tales apoteosis, lejos de ser una señal segura de respeto por la memoria del muerto, no eran ciertamente sino un turpe y servil homenaje ofrecido al poder del que las disponia. Aun en los tiempos de la república, los procónsules habian participado durante su misma vida de los honores divinos en las provincias que gobernaban. Ellos habian visto establecerse progresivamente juegos, fiestas, ritos, feciales y templos en su honor (2); pero

(1) Plin. *lib. II, cap. 13.*

(2) Ciceron (*orat. IV in Verrem*) habla de las fiestas religiosas instituidas en Siracusa en honor de Marcelo, las que todavía se celebraban en su tiempo. Asconio (*in IV Ferr.*) y Ciceron (*ibid.*) nos hablan de las instituidas en las ciudades de la Asia menor en honor de Q. Mucio Escevola, que gobernó esta provincia en el año de Roma 654, y que de su nombre se llamaron *Mutia*.

Plutarco (*in Flaminio*) nos habla de la instituida en la ciudad de Calcis, en la Etolia, para honrar la memoria de

las mismas ciudades que los colocaban al lado de los dioses, las mismas ciudades que les consagraban templos, fiestas y sacrificios, terminada su magistratura, enviaban muchas veces diputados al senado para acusar á los objetos de sus tímidas adoraciones (1). ¿Quién creeria que una de las acusaciones producidas contra Verres hubiese sido el haber llegado á robar hasta los fondos que se habian depositado para las fiestas y sacrificios establecidos en su honor (2)?

Los orgullosos Romanos estaban esentos de estas bajezas, mientras que con el mayor desprecio las oian referir de muchos pueblos de la Asia para con sus déspotas, y mientras que con placer las veian practicar en su honor en las ciudades sujetas á su dominio (3); pero no previeron que bien pronto

---

Flaminio, á quien se dirigian sacrificios, y que tenia un sacerdote particular. Tambien nos dice que el nombre de Flaminio fué asociado y aun antepuesto á los de Apolo y Hercules, en la dedicacion de dos edificios principales de aquella ciudad.

Lease finalmente á Ciceron, donde refiere como él mismo habia rehusado la construccion de un templo que las ciudades de la Asia menor querian levantar en su honor, durante el proconsulado de su hermano Quinto Ciceron; y que la misma repulsa habia dado á los pueblos de la Cilicia durante su proconsulado en esta provincia. *Epistola 21, lib. V, ad Attic.*

(1) Suet. *in Octav.* y Cic. *Epist. fam. lib. III, epist. 8 et 9; y lib. II, epist. 6.*

(2) Cic. *IV in Ferr.*

(3) La ley que se habia hecho para refrenar la arbitrariedad de los procónsules en imponer nuevas contribu-



caerian en ellas, luego que fuesen oprimidos bajo aquel poder que las habia procurado á los déspotas del Asia, y á sus conciudadanos en las provincias. He aquí lo que á su pesar sucedió, sin que ni aun siquiera pudiesen negar que las apoteosis de los monstruos que rigieron el imperio eran mas viles y mas violentas que lo habian sido las asociaciones á los honores divinos de sus procónsules en las provincias.

Es menester pues no confundir los dioses hechos por la servidumbre, con los que habia hecho la opinion. De estos últimos es de los que hemos hablado, porque estos son los que únicamente deben tener lugar en el verdadero y universal sistema del Politeismo.

NUMERO 26, pág. 155.

DESPUES de haber confirmado con hechos en las notas precedentes todo lo que se ha afirmado en el testo acerca del universal origen y progreso del Politeismo, no nos queda que hacer otra cosa sino esparcir las mismas luces sobre lo demas que han añadido los poetas. Pero como este trabajo accidental se ha hecho mas largo de lo que hubiéramos deseado que fuese, para no estendernos mas, omitiremos en las notas siguientes todos aquellos ob-

ciones bajo varios pretextos, esceptuaba de esta restriccion los impuestos que se exigian para la construccion de los indicados templos. *Nominatimque*, dice Ciceron, *lex exciperet ut ad templum capere liceret*. Epist. lib. I, epist. 1 ad Q. F.

jetos que nos parece quedan suficientemente probados en el testo con los hechos mismos. Nada hablaremos pues sobre lo que se ha dicho relativamente al uso que han hecho los poetas de las antiguas tradiciones concernientes al origen y progresos del Politeismo, y lo mismo haremos sobre lo que se ha dicho acerca del uso que los mismos han hecho de las antiguas tradiciones relativas á las guerras de los dioses. Sobre estos puntos creemos que el testo no deja cosa alguna que desear á los lectores. Asi pues nos limitaremos á discurrir rápidamente sobre lo que nos parece que tiene una absoluta necesidad de mayor ilustracion. De esta naturaleza es lo que hemos dicho con respecto á lo que los poetas han añadido á las antiguas tradiciones de aquellos formidables fenómenos de la naturaleza, que observados en un tiempo en que todo se creia obra de los dioses, todo se debia transmitir como tal. Con este motivo indicamos varias fábulas que merecen alguna aclaracion.

La de la victoria de Apolo sobre la serpiente Piton ha sido esplicada por Platon de una manera que confirma claramente nuestras ideas. Por un diluvio ó inundacion se forman muchos charcos de agua corrompida, de los que salen exhalaciones pestilentes y venenosas: despues de una larga serenidad, el sol llega á desecar estas aguas. He aquí el hecho verdadero, que segun Platon (1) contiene

(1) Plat. de *Repub. lib. II.*

esta fábula. Este hecho ha debido ser observado y transmitido como un beneficio obrado por Apolo: he aquí la antigua tradicion llegada á manos de los poetas. ¿Que es lo que ellos han añadido? Han permutado la idea de estas mortíferas aguas estancadas, en la de una serpiente nacida del cieno del diluvio: han mudado la idea de la desecacion de estos charcos pestilentes, en la de la muerte de esta serpiente destructora, acaecida cerca de Zefiso, esto es, cerca del mismo río que habia causado la inundacion de la Focida y de la Beocia: han dado á los rayos del sol la idea análoga de dardos; y en fin han dicho que, para derrocar este monstruo, Apolo habia casi agotado su aljaba, porque habia sido necesaria una larga serenidad para desecar estas aguas.

*Hunc Deus arcitenens, etc.\**

*Mille gravem telis exhausta penè pharetra*

*Perdidit, effuso per vulnera nigra veneno (1).*

La fábula del valle de Tempe nos suministra una esplicacion muy semejante: un terremoto abre este valle, y hace correr al mar las aguas del Peneo que inundaban la Tesalia: he aquí el hecho. Este prodigio es obra de Neptuno: he aquí la antigua tradicion transmitida. Para adornarla, recurrieron los poetas al tridente, al ímpetu con que lo dirigió contra los montes vecinos, y á otras semejantes imágenes poéticas (2).

(1) Ovid. *Metam. lib. I.*

(2) Herod. *lib. VII.*

Lo mismo se observará si se analiza la fábula de las Arpiás. Una plaga de langostas aparece en la Bitinia y en la Plafagonia; desola el pais y causa en él una gran carestía. Todos los esfuerzos para destruirlas ó para alejarlas son inútiles; solo un viento benéfico puede echarlas de aquella region, y arrojarlas ácia el mar Jonio. Este fenómeno es observado y transmitido teológicamente. Jupiter ha enviado las Arpiás (1); estas inteligencias vengadoras han debido ser vomitadas por el tártaro; los esfuerzos de Fineo y de su pueblo son impotentes contra ellas, y solo el dios de los vientos boreales ha podido echarlas y precipitarlas en el mar Jonio. Los poetas hallan esta tradicion, y la manejan á su modo: nos hacen una descripcion de estas Arpiás, y nos las pintan de una manera tal que hacen desaparecer enteramente el original. Segun ellos, tienen un padre, y este es el odioso Tifeo, ya por las relaciones que este gigante tiene con el tártaro, como por las que tiene con los vientos perniciosos que habian debido llevar las Arpiás á aquella region (2). Pero, en vez de decir que desolaban el pais, nos dicen que arrebataban las viandas de la mesa de Fineo: en vez de decir que no se podian espeler ni

(1) Llamadas así del verbo ἀρπάζειν, que significa *raptare*, porque arrebatan y devoran las producciones del terreno en que caen.

(2) Hesiod. *Teog. v. 869, 880.* Vease lo que sobre este gigante se ha dicho en la nota justificativa de los hechos, núm. 11.

destruir, nos dicen que no bien se las había echado cuando ya estaban de vuelta, y que eran invulnerables; en vez de decir que el dios de los vientos boreales las había precipitado en el mar Jonio, los poetas quisieron atribuir este mérito á dos argonautas que se hallaron presentes á este hecho, porque entrámbos pasaban por hijos de Boreas; finalmente, en vez de decir las propiedades de estas Arpías, por las palabras que las indicaban, ellos formaron los tres nombres de *Ocipite*, esto es el que vuela, de *Celeno*, esto es oscuridad, tinieblas, y de *Aello*, esto es tempestad; porque, en efecto, ellas vuelan, escurecen el aire, y ocasionan mayor ruina que la más grande tempestad (1).

Igual origen tienen las fábulas relativas á los amores de Jupiter con las ninfas. Como dios que presidia á los rayos, á los metéoros y á las lluvias, debía tener parte en las inundaciones y en las sequías; debía tener relaciones con las ninfas, que eran las diosas de las fuentes, y debía tenerlas continuas con Juno, que era la diosa del aire. Era natural que los fenómenos más considerables que ocurrían en esta parte de la naturaleza, fuesen observados y transmitidos como relaciones de las deidades invisibles, que disponían de las fuerzas naturales empleadas en estos fenómenos. Viniéron des-

(1) Hesiodo no nombra más que dos, que son *Ocipite* y *Aello*; pero Homero nombra también la otra. *Hesiod. Teog. v. 265, 269.* Vease también á Clerc, *Bibliot. universal, t. 2.*

pues los poetas, y manejando estas tradiciones á su manera, formaron la escandalosa historia de los amores de Jove con estas ninfas, y de los frecuentes zelos que estos amores escitaban en Juno.

El ministerio de la diosa Iris, y el papel que representa en la fábula, pueden esplicarse con la misma facilidad por los mismos principios. La aparicion del arco celeste debió naturalmente tomarse por la de una deidad que presidia á este acontecimiento de la naturaleza. La corta duracion de este fenómeno, su frecuente aparicion, su desaparecimiento sin dejar ningun vestigio, debieron necesariamente escitar las reflexiones religiosas de estos mortales ignorantes que se creían en estado de poder esplicarlo todo, y que en efecto todo lo esplicaron con el auxilio de sus principios teológicos. Queriendo aplicar estos á los caracteres del fenómeno de que se habla, era cosa fácil el deducir lo que en efecto de ellos dedujéron, á saber, que la aparicion de este arco no podia ser sino un anuncio de los dioses, y que la deidad que á él presidia era su mensajera. Debiendo dar á esta deidad un nombre análogo á la idea que de ella se habían formado, la llamaron Iris, que segun Plutarco se deriva del verbo *εἰρῆν*, *nuntiare*. Con esta prevencion y con aquella ignorancia, un motivo de guerra ó de disension suscitado en un pueblo, ó la muerte de algun personage de consideracion, ocurrida despues de alguna aparicion de este arco, se debieron considerar y transmitir como el cumplimiento de

los presagios y anuncios hechos por esta deidad; y como la fragilidad de la naturaleza humana, y el estado tumultuoso y beligerante de todas las sociedades bárbaras, debian hacer los indicados sucesos tan frecuentes como lo eran las apariciones de la mensajera celeste, sucedió que los anuncios ó de muerte, ó de disensiones, ó de guerras, fuéron atribuidos particularmente á su ministerio.

Los poetas encontráron trasmitidos estos hechos del modo que se ha dicho; encontráron esta opinion establecida por la religion, é hicieron uso de ella á su voluntad. Asi es que representáron á la diosa Iris como una jóven, vestida con un traje de muchos colores, sentada cerca del trono de Juno (1), y siempre pronta para anunciar sus órdenes. La hicieron intervenir como una verdadera mensajera, haciendola hablar, obrar y correr con *velocidad* (2); la encargáron de cortar el cabello fatal á las mugeres que estaban para morir; y pasando esta fábula de las manos de un poeta á las de otro, separandose cada vez mas del antiguo origen, se llegó hasta hacer á Iris la criada de Juno, viendola en Calimaco sostener á su ama cuando está cansada, y en Teocrito cuidar de su habitacion, y aderezarle el lecho con sus propias manos. He aquí hasta donde se llevó y se extendió por grados, á impulsos de la ignorancia y supersticion de los tiempos, y de la imagi-

(1) Como diosa que era del aire.

(2) Hesiodo le da el epíteto de *αἰθρα*, *velox*. Teog. y. 266.

nacion de los poetas, un fenómeno natural, que es imposible conocer en medio de las fábulas que lo ocultan.

¿Quien sabe á cuantas otras tradiciones teológicas habrán dado origen la aparicion de cualquier parelia, los eclipses solares y lunares, las auroras boreales, y tantos otros fenómenos de esta naturaleza? ¿Quien sabe cuantas de estas fábulas que han atormentado á los doctos, y que les han hecho adoptar interpretaciones que repugnan á la razon y á la verdadera filosofia de la historia, podrian haber sido fácilmente esplicadas, si se hubiesen considerado como el resultado de lo que la imaginacion de los poetas ha añadido á las antiguas tradiciones de estos fenómenos, religiosamente observados y teológicamente trasmitidos? Ademas de los ejemplos indicados, podríamos producir otros muchos, si la brevedad que nos hemos propuesto no nos lo prohibiese.

NUMERO 27, pág. 155.

« Muchas veces una ciudad entera, dice Hesiodo, » es castigada por el pecado de uno solo. El pueblo perece, las mugeres se vuelven estériles, las familias se desmembran, el ejército es destruido, » caen las murallas, y las naves son tragadas por » las olas del mar, en pena de un crimen (1). »

Este principio de la teología de Hesiodo es el

(1) Hesiodo, *Poema de las obras y de los dias*, versos 238, 245.

resultado de las antiguas tradiciones relativas á los hombres, á las familias y á los pueblos, que con cualquier sacrilego atentado, con cualquier ofensa hecha á cualquier dios, habian llamado sobre sí la ira y la venganza del cielo.

Descaecia el pueblo Tebano, secos estaban sus campos, y sus ganados perecian: el oráculo respondia, que el cielo castigaba la muerte de Laio (1).

La peste destruia el ejército griego que estaba delante de Troya. Aquiles pregunta á Calcas si se ha omitido algun sacrificio, si se ha ofendido algun númen, por lo que los Griegos mereciesen semejante azote: el adivino responde, que Apolo vengaba el ultraje hecho á su sacerdote (2).

La esterilidad, el hambre y las guerras civiles desolaban el Epiro: esto es que Diana se venga de haber sido violado su asilo con el asesinato de Laodomia, muerta sobresu ara (3).

El mar habia tragado á Ajax, á su vuelta de la expedicion troyana: todos atribuian este desastre á la ira de Minerva, por la profanacion de su templo (4).

Una fiera devasta los campos de Calidonia; se consigue matarla, pero una sangrienta guerra se suscita al instante entre los Curetos y los Etolios,

(1) Esta tradicion suministró el argumento de la célebre tragedia *Edipo Tirano*.

(2) Homer. *Iliad. lib. I.*

(3) Justino, *lib. XXIII.*

(4) Homero, *Iliad. lib. X.* El habia en Troya violado á Casandra en el templo de esta diosa.

sobre quien debe aprovecharse de sus despojos. ¿A quien se atribuia la causa de tantas desgracias? á Diana que habia querido vengarse de Oeneo, porque se habia olvidado de ella en un sacrificio que habia dirigido á todos los dioses (1).

Las desgracias de la hija de Tindaro y el incesto de Canipo en la embriaguez se habian atribuido á la ira de Venus y á la de Baco, por dos omisiones semejantes (2). La violenta pasion de Fedra al hijo de su esposo se habia atribuido á la misma diosa, para vengarse del desprecio que Hipolito hacia de su culto y de sus adoradores (3).

Muchas veces de la naturaleza de la pena se presumia la cualidad de la culpa que la habia motivado.

Si una jóven hermosa parecia en la flor de sus dias, era porque habia querido competir en belleza con alguna diosa.

Si Andromeda se vió espuesta al furor de un monstruo marino, fué porque su madre la habia tenido por igual en belleza con las Nereidas (4).

Si las hijas de Preto se volviéron locas, y se abandonáron á la prostitucion, era menester decir que Juno habia castigado de este modo una arrogancia semejante.

(1) Homero, *Iliad. lib. IX.*

(2) Sthesic. *apud Schol. Euripides in Orest.*

(3) Euripides, en la tragedia intitulada *Fedra*.

(4) Ovid. *Metam. lib. IV.*

Si el poeta Tamiridas perdió la vista, esto dependió de haberse atrevido á desafiarse en la poesía y en el canto á las mismas Musas.

Si Salmoneo pereció de un rayo, fué porque habia ofendido á Jupiter, queriendo imitar el ruido del trueno (1).

Si Capaneo, uno de los siete gefes argivos que combatiéron en la guerra tebana, pereció con la misma muerte, esto bastó para que fuese mirado como un impío, que con alguna blasfemia se habia acarreado la ira de Jupiter. Las virtudes que le adornaban, de las que Eurípides nos ha dejado una descripción sumamente ventajosa (2), no fuéron bastantes para librarle de esta nota, y para eximirle de la ignominiosa distinción de escluir su cadáver de la pira comun, en la que fuéron quemados á un tiempo los cadáveres de sus compañeros. Fué necesario una pira distinta para él, y en ella se precipitó su muger Evadne para unir sus cenizas á las de un héroe convertido en impío por un rayo (3).

He aquí cuales eran las antiguas tradiciones que los poetas encontraron sobre los hombres, sobre

(1) Virg. *Æneid. lib. VI, v. 585, 594.*

(2) Euripid. *in Supplic. act. 4.*

(3) Eurip. *ibid.* Acaso del mismo modo de ver las cosas, comun á todos los pueblos que se hallan en la barbarie, nació en Roma el antiguo uso de que habla Plinio, de no quemar los cadáveres de aquellos que habian sido heridos por algun rayo. *Cremari fas non est: condi terra religio tradidit.* Plin. *lib. II, cap. 54.*

las familias y sobre los pueblos que habian llamado sobre sí la ira y la venganza de los dioses. ¿Que tesoro en sus manos! Basta reconocer los pasages donde las refieren, para ver el uso que han hecho de ellas, y lo que su imaginación ha añadido.

NUMERO 28, pág. 156.

Si las antiguas tradiciones referian las guerras de un pueblo contra otro, como preparadas y movidas por los númenes; si las suponian como sostenidas por los dioses divididos en dos partidos opuestos, ¿que no añadieron los poetas á estas antiguas tradiciones con sus episodios teológicos? El odio de Juno y de Minerva contra los Troyanos es llevado en Homero á un grado tal que no se puede considerar sin horror la conducta de estas dos deidades. Lo que se encuentra en el libro IV de la Iliada bastará para darnos una buena muestra.

Se habia convenido en remitir las pretensiones de los dos partidos al éxito de una singular batalla entre Paris y Menelao; en entregar á Helena al vencedor, y en poner fin de esta manera á la guerra. Se verifica el duelo, y Menelao vence á Paris; la princesa, objeto de esta contienda, debería con esto haber vuelto á su legítimo esposo. ¿Pero que hace Juno? En vez de favorecer la causa de la justicia ayudada por la suerte de las armas, induce á los Troyanos á que retengan á Helena, y á que violen de este modo la promesa y el juramento; porque continuandose así la guerra, Troya seria al fin des-

truida. Minerva hace una figura no menos escandalosa en este poema. Ya la vemos despojar á Venus y herir á Marte de una pedrada, y ya acudir al auxilio de Diomedes para hacerle que hiera á la una y á la otra deidad: unas veces la vemos tomar la figura de Deifobo para engañar á Hector con el supuesto socorro de su hermano, y otras rehusar juntamente con Juno el dar el menor favor al piadoso Eneas, porque han hecho inviolables juramentos de no prestar auxilio alguno á ningun Troyano, aun cuando las llamas devorasen su ciudad, y los Griegos lo llevasen todo á fuego y sangre.

Estamos muy lejos de querer referir todos los episodios teológicos de este poeta, añadidos á la antigua tradicion que fué el asunto de su poema; y nos contentamos con mostrar, en vista de los indicados, cuan poco honor hacian estos episodios á los dioses; que efectos debian producir en las ideas morales de los hombres; y cuanta razon tuvo Pitagoras para decir que por ellos era Homefo atormentado en los infiernos, Platon para procribir los poetas de su república (1), y Ciceron para decir: *Nec multò absurdiora sunt ea que poetarum vocibus fusa ipsa suavitate nocuerunt, qui et ira inflammatos et libidine furentes induxerunt Deos, feceruntque ut eorum bella, pugnas, prælia, vulnera videremus, odia præterea, dissidia, discordias, ortus, interitus, querelas, etc.* (2)

(1) Plat. de Republica, lib. II et III.

(2) Cic. de Nat. Deor. lib. I.

PARA convencernos de la verdad establecida en el testo, tomemos por objeto de nuestro examen el personage mas ilustre de la mitologia heroica. Con poco que se reflexione sobre el Hercules de los Griegos, yo espero que se encontrará que este no es otra cosa mas que el compuesto del Hercules tebano, y del *hombre fuerte* de varios pueblos. Efectivamente, se encontrará que solo con el indicado principio se puede esplicar aquella parte de la mitologia que dice relacion con este héroe: se encontrarán las causas de las diferencias entre el principio y los progresos que tuvo; y se encontrará finalmente que lo que los antiguos mitólogos han pensado sobre estos, lejos de apartarnos de nuestra opinion, nos confirma en ella. Antes que existiesen Hesiodo y Homero, los Fenicios habian ya entablado comercio con varios pueblos, y lo habian tenido con los Griegos; y estos mismos lo habian tenido por su parte con sus vecinos. Varias noticias religiosas de estos pueblos, aunque alteradas y oscuras, debieron sin embargo llegar de este modo á los Griegos; y asi alteradas y oscuras, tanto mas cuanto mas distaban de su origen, debieron ser encontradas por estos poetas. Las de los héroes que se habian señalado entre estos pueblos con sus proezas, debieron comunicarse mas que ningunas otras, por lo mismo que interesaban mas la curiosidad humana. En situaciones semejantes y en circunstancias iguales era